

Él

Él había entrado hacía tiempo. Observaba, esperaba. En su mano tenía un vaso de kalimotxo. Bebió un sorbo. Era frío y amargo. No le gustaba, pero entendía su significado, bebía su significado. Tenía vino y el vino era rojo, rojo como la auténtica comida, rojo como la...

Vida. La vida estaba aún moviéndose delante de sus ojos y no pudo evitar sonreír mientras tomaba otro sorbo, esta vez un poco más dulce pero nunca lo suficiente. Hacía mucho que las cosas no tenían sabor. Trató de recordar la esencia de los vinos de su tierra, el gusto liberamente afrutado de las carnes y la miel que notó en los labios cuando degustó su primera mujer hacía ya tantos años. No pudo. Aquellos recuerdos le habían sido prohibidos hacía mucho tiempo, borrados por su inutilidad. Había veces, en sueños, en que creía recuperarlos pero no eran más que ilusiones.

- Para aquellos que han saboreado la auténtica vida, el recuerdo de los placeres superfluos les está vedado - dijo sonriendo otra vez.

Nadie le oyó ¿Cómo iban a oírle? Bebió otro sorbo y se concentró en la música.

Ella acababa de llegar. Su corazón palpitaba, tronaba cargado de sangre y juventud, porque sabía que era un DÍA especial, porque había decidido que sería un día especial. Pidió una cerveza pero pronto cambió de opinión: quería kalimotxo. El kalimotxo era más oscuro y más dulce. Dejó que recorriera su garganta mientras la música penetraba su cuerpo. Notó la piel tensa. Con delicadeza se mordió el labio, y en su boca el sabor salado de una gota de sangre se mezcló con el del alcohol. La sangre es

la vida, pensó, y en ese pensamiento había tanta inocencia, tanta juventud que buscaba el misterio de la canela, de los altares y de la magia, que alguien en alguna parte tuvo que reírse. Se dio la vuelta.

Él al principio no la vio. Estaba demasiado ocupado paladeando los sabores, los olores: Sudor, alcohol, deseo, inmadurez. Ir a aquellos conciertos le hacía empaparse de la esencia de los niños perdidos, de aquellas jóvenes almas disfrazadas de negro que se abrazaban buscando el calor de una noche que nunca habían visto. No pudo evitar reír y su risa habría retumbado por todo el local si la estridente música en directo de “Dark Angel” no se lo hubiese impedido.

Rió con desesperación, con la desesperación del que sólo mira, esperando que las imágenes de la auténtica vida, ésa que ya no podrá volver a saborearse, le complazcan. Imposible. Había tomado demasiado del árbol de las frutas prohibidas como para que la dulzura de una simple manzana pudiese colmarle.

Había amargura en ese pensamiento y algo más: deseo. Encogiéndose mentalmente de hombros dejó de observar para buscar... y encontró. Vió sus cabellos mal teñidos de negro, la camiseta de Napalm Death, las cadenas; vio sus 16 años que *palpitaban* con ansia de experiencia, con resolución. Vio lujuria y la lujuria es el principio de todo lo que él quería. Sus ojos eran de un marrón claro, ese color que complacía sus sentidos. Siguió mirándola fijamente.

Ella no apartó la mirada. Dejó que la profundidad de aquellos ojos verdes la penetrase. Había sabiduría y lascivia en aquella forma de mirarla. Sonrió mientras trataba de controlar las reacciones de su cuerpo. Supo que había encontrado lo que necesitaba y que aquel... hombre era al que le iba a entregar su virginidad. Avanzó.

Por un momento, Él se sorprendió. La sorpresa no era algo a lo que estuviese acostumbrado, prácticamente había olvidado su existencia. Saboreó la sensación como se hace con un vino especial y único. Podría pasar mucho tiempo antes de que volviera a sentirlo. En cualquier caso estaba sorprendido y no era para menos. Aún no había hecho nada y sin embargo...

Ella seguía acercándose, por su propia voluntad. Seguía a los ojos verdes y a la infinidad que había detrás de ellos. Y fue consciente de que se contoneaba como una gata en celo de la misma forma que era consciente de que deseaba hacerlo. Se pasó la lengua por la herida de los labios mientras notaba la humedad que perlaba su cuerpo según comprendió que aquel personaje, *aquel ser*, la esperaba ansioso. Por fin sus manos rozaron la chaqueta negra que ocultaba sus facciones y la sensación del primer contacto fue tan electrizante que no pudo evitar dejar caer el kalimotxo. El vaso y su contenido se desparramaron por el suelo e inmediatamente vio la botella en su mano. Era tan verde como sus ojos. Bebió con voracidad el fuego verde que traspasaba su esófago, sabiendo que con él estaba bebiéndose aquellos ojos en los que había poder, energía y una tristeza tan insondable que no pudo evitar una lágrima. Vació media botella de un trago hasta que perdió su ardor original para convertirse en puro néctar.

Él susurró una sola palabra en sus oídos: *absenta*. Y notó su orgasmo consentido cuando su mano rozó ligeramente uno de sus pezones erectos. Cuando vio cómo le agarraba de la mano para conducirlo a los lavabos, no pudo evitar sonreír. Sin argucias ni manipulaciones. Por primera vez, realmente era por su propia voluntad. Y la sorpresa

le fue tan agradable que por un momento pensó en dejarla marchar pero su deseo y su *hambre* lo dominaron.

Ella le llevó con ansiedad, deseando que aquellos escasos segundos de espera terminasen y al mismo tiempo disfrutando del camino al conocimiento, de la sensación de estar a punto de realizar algo irrepetible. Abrió la puerta con ímpetu. Por un instante, la decepción dominó su rostro. En la angosta y única cabina de los lavabos una de sus compañeras de clase le practicaba una felación a su novio.

Él no se molestó en esperar, no podía esperar. Por primera vez en mucho tiempo se sentía excitado y ansioso. Todo su cuerpo, todo su ser necesitaba éste momento. Cogió la cabeza del chico y la miró directamente a los ojos, dejándole ver lo que realmente era. Le mostró las tinieblas dentro de las tinieblas y el vacío que podía dejar en aquellos que lo importunaban. El grito de horror del chico quedó ahogado en el preciso instante en que su brazo le atravesó las costillas, sacando el órgano todavía vivo.

Ella no se sorprendió. Tampoco noto cómo su amiga se despegaba del pene de su ya difunto novio con un gesto de desesperación y un hilo de color blanquecino colgándole de la boca. Sólo vio el corazón todavía latiente entre sus manos. Y supo lo que tenía que hacer. Su lengua lo rozó delicadamente y recordó el sabor salado en sus labios apenas unos minutos antes. Pero éste era mucho más puro, pues en él estaba la esencia de toda una vida, de una vida corta. Chupó sus dedos manchados de sangre uno a uno con deleite.

Él le arrancó la ropa con un simple movimiento en un gesto cargado de impaciencia. Tal era su excitación que al ver aquellos pechos turgentes eyaculó como un adolescente tocando a su primera novia. Rió mientras ordenaba a su carne contraerse y alargarse. Cuando atrapó aquellos labios anhelantes entre los suyos, todavía reía. *Ella* quiso gritar cuando finalmente la penetró, pero su lengua se movía arriba y abajo explorando las oquedades de su boca. Experimentó un orgasmo instantáneo mientras notaba que su pene no se movía dentro de ella. No había movimiento, simplemente se expandía. Su carne se agrandaba por los recovecos de su cuerpo, su lengua se hundía por su esófago y *Él* se expandía, se extendía en ella, ramificación tras ramificación, desgarrando las cavidades de su cuerpo una tras otra, empapándose de aquella sangre cargada de juventud. Bebiendo la vida, pues la sangre es vida, notando cómo *Ella* quiso gritar de nuevo cuando los restos de su himen fueron absorbidos por Su cuerpo. Y el dolor, ese dolor, era tan divino que no pudo por menos que implorar más. *Él* atendió su ruego. Su carne siguió expandiéndose en su interior, mientras sus ramificaciones se adherían a cada célula, a cada neurona, en una espiral de interminable dolor. Su mente se desparramó en la de *Ella* y sintió, percibió el horror de un alma desgarrada en una oscuridad de características primigenias que se burlaba de la vida. Y comprendió en su último estertor todo aquello que había buscado noche tras noche entre los hielos de las copas y el humo perfumado de los porros baratos.

Él se retiró, jadeante, de su carne ya marchita, asegurándose de que no quedaba nada dentro que más tarde pudiera crecer y levantarse. Contempló lo que quedaba de aquel cuerpo, cuna de un placer ya acabado. Y por primera vez en mucho tiempo, sintió ternura y soledad. Depositó un beso casto en su mejilla, que recordaba a los tiempos en los que había sido humano. Fue entonces cuando se fijó en la otra chica que,

temblorosa, con los botones de su camisa de seda negra aún abiertos, no era capaz de emitir sonido.

El whampiry, todavía hambriento, se relamió y volvió a relamerse.

Iblis